

Henri Fabre



EL 23 de diciembre de 1823 nació en una choza de Saint-Lens de l'Aveyron el naturalista Henri Fabre. El pasado domingo celebró Francia el centenario del natalicio. Fabre es el observador de los insectos, autor de los *Souvenirs entomologiques*, obra monumental de gran número de volúmenes, de los que se han extraído algunos capítulos, que forman cinco tomos manuales, ya traducidos al castellano. Sobre cuál ha sido la innovación de Fabre en las ciencias naturales, nadie lo ha expresado mejor que él mismo en estas palabras, dedicadas a los entomólogos que, encastillados en los métodos tradicionales y la prosa científica, le tachaban de escritor demasiado ameno y mal disecador de insectos:

«Vosotros destripáis la bestia y yo la estudio viva; vosotros hacéis de ella un objeto de horror y compasión, y yo hago amarla; trabajáis en un taller de tortura y despedazamiento, y yo observo bajo el cielo azul el son del canto de las cigarras; sometéis a reactivos la célula y el protoplasma, y yo estudio el instinto en sus manifestaciones más elevadas; vosotros escudriñáis la muerte y yo examino la vida. Y ¿por qué no completar mi pensamiento? Los jabalíes han enturbiado el agua clara de las fuentes; la historia natural, ese magnífico estudio de la juventud, a fuerza de perfeccionamientos celulares se ha hecho otra cosa, odiosa y repugnante. Pues bien;

aunque escribo para sabios, para los filósofos que algún día intenten desenredar el arduo problema del instinto, también escribo, y especialmente, para jóvenes, a quienes deseo hacer amar esa historia natural que tanto hacéis aborrecer vosotros; por eso, aún manteniéndome en el escrupuloso dominio de lo verdadero, me abstengo de vuestra prosa científica, que con sobrada frecuencia parece tomada de algún idioma de Hurones».

No era Fabre uno de esos clasificadores de insectos que catalogan cadáveres; su observación se aplicaba al animal vivo. Esta novedad en el método dió lugar al descubrimiento de maravillas del instinto mucho más sorprendentes de lo que se había supuesto, y de errores consagrados que corrían tradicionalmente acerca de las costumbres de ciertos insectos. Entre aquellos descubrimientos cuenta como ejemplo la *cloroformización* que la aguja de ciertos insectos produce en el cuerpo de otros pinchando certeramente sus centros nerviosos, a fin de poder suministrar a sus larvas una presa fresca e inmóvil. Entre tantos errores derrumbados figura la fábula de la cigarra y de la hormiga; es la cigarra la que trabaja en el rigor del verano con su taladro en beneficio de la hormiga, sedienta y egoísta, que acaba por desalojarla de su pozo artesiano. Había en Fabre cierta vena de fabulista, admirablemente aprovechada para la exposición literaria de sus descubrimientos. Y ¿dónde vivía en su *harmas* de Serignan, sino entre «una sociedad tan numerosa como selecta», parecida a la de Esopo y Lafontaine, bien que más diminuta?

Poco importante sería, sin embargo, la obra de Henri Fabre, si quedase reducida a hechos como los citados. La obra de Fabre ha tenido repercusiones más hondas. Ha abierto a la mirada humana el misterioso mundo del instinto. Recuérdese toda la filosofía de Bergson sobre el *élan vital* y su escisión en dos corrientes: la inteligencia, que culmina en el hombre, y el instinto, que culmina en el insecto. (Si otro Fabre estudiara en vivo otras clases de animales, ¿no encontraría, acaso, en ellas un instinto tan clarividente como el de los insectos?) Las observaciones de Fabre han aportado pruebas muy numerosas contra el darwinismo, a lo cual se debe, sin duda, que su obra haya permanecido casi desconocida hasta fecha relativamente reciente. El darwinismo ejercía un mandarinato, un despotismo científico, que impedía la divulgación de los

hechos y teorías que lo contradecían. Igual ocurrió con Mendel, el monje que cultivando guisantes descubrió las leyes matemáticas de la herencia. Fabre, en suma, nos ha hecho ver más que la estructura fisiológica del animal y su ajuste perfecto, la concordancia psicológica, por así decir, del animal, con su mundo particular, y, con ello, una visión más real de conjunto de la Naturaleza viva.

(El Sol. Madrid).

Envío

San José, Feb. 6 de 1924.

Señor don

Joaquín García Monge

S. M.

Estimado don Joaquín:

Al enviarle mi libro, *De la vida de las plantas*, deseo manifestarle varias cosas que considero de importancia para mí.

La primera es que el libro no pretende ser otra cosa que un intento de plantear dudas o puntos de investigación que si son llevados adelante pueden convertirse en hechos valiosos.

Lo segundo, que ese esfuerzo está dedicado al que para mí fué un maestro en muchos aspectos y por quien tengo verdadero cariño y admiración, a don Roberto Brenes Mesén.

Y después, que Ud. ha contribuido en gran parte a mi trabajo, dando un lugar honroso en el REPERTORIO a humildes y poco valiosos escritos.

Digo, pues, que para mí este libro, que sin duda despertará inquietudes y puede que refutaciones, es mi punto de partida, pues creo que quien duda está ya en vías de crear.

Para Ud. es una satisfacción por el cariño que por mis trabajos tiene y para don Roberto tiene que ser, allá en el lugar lejano donde labora, una muestra de que algunas de las semillas por él regadas van hinchándose para germinar.

Yo no me atrevo a decirle esto al maestro, que sin duda cree que no lo recuerdo, porque creo que no es esta obra, con todo y que yo la considero de valor decisivo en mi desarrollo mental, lo suficientemente valiosa para ofrecerla a quien tanto admiro.

Quiero que se considere este libro como la base de una gran obra en perspectiva.

Si yo no la hago, otros podrán.

Con todo cariño,

JUAN J. CARAZO